

Violencias masculinas

José Ángel Lozoya Gómez
Jerez, noviembre de 2008

Recordando a Daniel Oliver y a Jesús Neira.

Introducción

Si repasamos la historia de la humanidad, podríamos llegar a la conclusión de que violencia y masculinidad son siamesas: forman una pareja tan unida que sólo mediante una complicada y peligrosa intervención quirúrgica podríamos arriesgarnos a separarlas, asumiendo que ambas perecerán en el intento.

La violencia es una conducta asociada a los hombres desde que nos suponemos encargados de la caza y la defensa, de la conquista de bienes y territorios. Ha sido —y sigue siendo con demasiada frecuencia— el argumento decisivo en la resolución de todo tipo de conflictos y luchas por el poder, aunque acostumbra a responsabilizarse de su uso a quien sufre sus consecuencias, y se presenta como indeseada, inevitable o preventiva.

La masculinidad tradicional descansa sobre los hombros de héroes, guerreros, caudillos y conquistadores. Éstos llenan los libros de historia de una mística de la masculinidad belicosa que pretende que a todos los hombres se nos suponga el valor para ejercerla.

La violencia es una práctica y un universo especialmente masculino. Las mujeres apenas aparecen como protagonistas de actos violentos hasta finales del siglo XX, y cuando lo hacen suele ser como personajes secundarios: Helena de Troya, Mata-Hari...

Pero las cosas están cambiando casi a la misma velocidad en que avanzamos en la equiparación de derechos, deberes y oportunidades entre los sexos. Las jóvenes se están incorporando al uso de la violencia y empiezan a sentirse obligadas a proteger a sus parejas, cuestionando la fórmula “protección por sumisión” que sostenía la desigualdad entre los sexos. Las mujeres son ya el 40% en las Fuerzas Armadas norteamericanas. Y no quieren concesiones: son tan buenas como los hombres incluso cometiendo atrocidades. En nuestro país llevan ya 20 años en los ejércitos y desempeñan igual de bien el cargo de ministras del ramo que el de pilotos de combate. Un escenario nuevo que nos sitúa ante la necesidad de colaborar en la búsqueda de formulas pacíficas para solucionar los conflictos.

Violencia, masculinidad y educación.

En los hogares, el castigo –incluido el cachete– sigue siendo un recurso pedagógico demasiado frecuente al que padres y madres no acabamos de encontrar alternativas. Es un recurso eficaz, y precisamente por eso transmite la idea de que es un instrumento poderoso para imponer el propio punto de vista, someter la voluntad del otro y corregir su conducta; una herramienta que se puede usar en las relaciones sociales o de pareja con el mismo propósito.

A los niños y a las niñas se les dice, incluso por parte de quienes rechazamos la violencia, aquello de “tú no pegues, pero si te pegan defiéndete”, sin darnos cuenta de que para defenderse hay que ser al menos tan violento como el atacante, porque de lo contrario lo enfureces y te machaca.

A los chicos, además, se les sigue suponiendo, por el hecho de serlo, más habilidad que a las chicas en el uso de la violencia física, y quizás por ello se les protege menos. De hecho las madres y los padres van menos al centro escolar cuando sus hijos son víctimas de la agresión de un compañero que cuando son sus hijas las agredidas, y resulta absolutamente anecdótico que vayan si la agresora de su hijo es una niña. Con este tipo de conductas los niños aprenden desde pequeños que para ser respetados, en el colegio y en la calle, tienen que estar dispuestos a pelear aunque no siempre tengan las de ganar.

Para reafirmar esta impresión acuden en su ayuda los dibujos animados y el cine, rebosantes de violencia, y los informativos que ven sus mayores mostrando todos los conflictos locales e internacionales, que se resuelven por la fuerza o por la amenaza de usarla.

Si consentimos que el cambio de los hombres se siga haciendo con la masculinidad tradicional como referente, aunque sea con la cara lavada y recién peinada, la incorporación de la mujer a este modelo –convertido en universal– más que aportar una disminución de los niveles de competitividad o violencia, lo que acabará es diluyendo la asignación de género de estos fenómenos.

Violencias de género

El término se usa sobre todo para referirse a la violencia contra las mujeres, aunque bien podremos emplearlo para referirnos a cualquier tipo de violencia que cuente con aliento social y contribuya a perpetuar el modelo masculino tradicional, afirmando la sensación de virilidad de quien la emplea. En este caso la perspectiva se amplía y enriquece, al abarcar la que ejercemos contra los demás y la que cultivamos contra nosotros mismos.

En el primer grupo podemos destacar la violencia machista, la homofobia y toda la gama de delitos contra las personas que tienen a los hombres como protagonistas destacados.

- Desde el asesinato de Ana Orantes ha aumentado considerablemente la sensibilidad contra la violencia machista hacia las mujeres. Esta violencia es consecuencia de decisiones personales que emanan de un sistema social que ha favorecido la preeminencia de los hombres y ha alentado su derecho a exigir e imponer sus privilegios, hasta el punto de que aún abundan los que se creen legitimados social y culturalmente para someterlas, castigando o corrigiendo su conducta con prácticas que van desde los micromachismos hasta la violencia sexual o la muerte. Una tradición que explica por qué en la violencia que se da en las relaciones de pareja, en un 90% de los casos el agresor es un hombre y la víctima una mujer.
- También se habla, aunque menos, de la homofobia y la violencia contra las “minorías sexuales”. La legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo ha favorecido la aparición de un espejismo que sugiere que en España hemos alcanzado la normalización de la diversidad sexual, aunque basta escuchar la frecuencia con que se siguen usando expresiones coloquiales homófobas, o recordar que la igualdad legal entre los sexos no ha supuesto un descenso significativo de la violencia contra las mujeres, para ver que las leyes, aunque muy importantes, no terminan con la cultura y las actitudes heteroafirmativas.
- A los niños se les sigue educando con mensajes que explican que la masculinidad es lo contrario a la feminidad; que un “hombre de verdad” ha de ser y comportarse de forma diferente a como lo hacen las mujeres o los afeminados, es decir, los homosexuales.
- Para ir socavando esta tradición el movimiento de hombres por la igualdad (MHX=) ha de combatir la discriminación que sufren las llamadas minorías sexuales, solidarizarse con sus reivindicaciones y ayudar a visibilizar que la diversidad sexual amplía el abanico de posibilidades de lo masculino, reconociendo su contribución a la crisis del modelo masculino tradicional.
- El género está sin duda en la base de la explicación de por qué los hombres cometen más del 93% de todos los delitos contra las personas, el 92% de los asesinatos, o constituyen un porcentaje similar entre la población reclusa de nuestro país, aunque casi no existan estudios sobre la relación entre “hombres, delito y género”.

En el segundo grupo, el de la violencia que ejercemos o cultivamos contra nosotros mismos, aunque perjudique directa o indirectamente a terceros, cabe destacar lo poco que cuidamos nuestra salud, lo poco que reflexionamos sobre nuestra

sexualidad, y el fracaso escolar de los chicos, que los sitúa en las peores condiciones posibles para enfrentarse a los retos de la vida cotidiana.

- En el campo de la salud la perspectiva de género nos da un punto de vista privilegiado. En España la esperanza de vida de las mujeres es de 6,5 años más que los hombres, diferencia que se debe a que las tasas de mortalidad de los hombres son superiores a las de las mujeres, y a que son distintas las causas de muerte para unos y otras. Las enfermedades asociadas a las diferencias genéticas no pueden explicar estas desigualdades, por lo que habremos de pensar que son producto de los patrones conductuales diferenciales entre mujeres y hombres, que llevan a estos últimos a provocar y exponerse a riesgos que, sobre todo en la juventud, pueden terminar en enfermedad, lesión o la muerte.
- Además, los hombres limitan menos su ocio por molestias, pasan menos días en la cama por enfermedades, consumen menos medicamentos, y van menos al médico, a las consultas de salud mental o a los servicios sanitarios de urgencia. Sin embargo permanecen con más frecuencia en los hospitales para intervenciones quirúrgicas y tratamientos médicos. No se trata de establecer una competencia de victimizaciones, pero estos datos aparentemente contradictorios pueden apuntar la hipótesis de que tal vez muchos hombres, educados para ser fuertes, aguantar el dolor, valerse por sí mismos, no pedir ayuda y salir adelante, acostumbran a negar o minimizar sus problemas de salud hasta que éstos se agravan.
- En lo tocante a la sexualidad, podemos observar que la mayoría de los problemas no físicos de los hombres, mal llamados disfunciones, son conflictos subjetivos de género, originados por una idea de normalidad que implica la obsesión por el logro; una idea de normalidad que oprime disfrazada de "lo más deseable", y obliga a moverse entre el cumplir y el placer. Un modelo que dificulta la responsabilidad anticonceptiva y profiláctica, que está en el origen de la mayoría de los embarazos no deseados y enfermedades de transmisión sexual.
- Ya nadie duda que el fracaso escolar tiene cara de chico, pero todavía no nos atrevemos a tratar el fenómeno como problema de género, porque prevalece el discurso androcéntrico de creer que los problemas que afectan a los hombres no tienen sexo o los tiene todos. Hasta ahora se eludía el problema diciendo que eran ellos los que dejaban el sistema escolar a la busca del dinero fácil en la construcción o la hostelería, pero ahora acaba de explotar en nuestras narices, porque los jóvenes que carecen de capacitación profesional están llenando las listas del paro, y son el caldo de cultivo en el que puede crecer la extrema derecha, la xenofobia y la violencia.

Masculinidad, competitividad y aislamiento

El pasado mes de septiembre, el actor británico Jude Law, que presta su rostro a la última fragancia de Dior, explicaba en una entrevista para El País Semanal: «*Cuando cumplí los 30 abandoné mi ambición. Dejé de decirme: 'soy el mejor', y ahora se lo digo a mis hijos. A los 20 deseaba demostrar lo que valía realmente, ser tomado en serio, triunfar*».

Quería lograrlo y pretende que sus hijos lo logren, lo excepcional es que lo consiguiera. Pero sus declaraciones nos ayudan a referirnos a la masculinidad como el resultado de una educación orientada al triunfo, a la lucha por la conquista del poder, a la libertad que supuestamente acompaña al éxito, y a la necesidad de estar dispuestos a trabajar duro y a competir para conseguirlo.

La competitividad resulta especialmente intensa en las relaciones con el resto de los hombres, los considerados iguales, con los que debemos evitar la intimidación, porque eso nos obligaría a mostrar nuestras limitaciones y además siembra dudas sobre nuestra supuesta heterosexualidad. El pique es menos intenso en nuestras relaciones con las mujeres, con las que solemos tener menos dificultades para mostrarnos vulnerables o comunicar sentimientos, porque tradicionalmente no las hemos considerado rivales, suelen ser más empáticas, y los deseos sexuales que puedan surgir están socialmente legitimados.

Esta necesidad de estar siempre compitiendo, controlando para ser dueños de lo que llamamos en lugar de esclavos de lo que decimos, nos condena al aislamiento, consigue que podamos contar los amigos con los dedos de una mano, exige que reprimamos las emociones — pese a saber que las angustias no compartidas son las más dolorosas —, atrofia nuestros sentimientos y nos lleva, con demasiada frecuencia, a expresar la ternura a través de la rudeza.

Solidaridad masculina no.

Solidaridad entre los hombres sí, por favor.

La rivalidad entre los hombres no ha impedido toda una historia de solidaridad masculina frente a las mujeres, afortunadamente en crisis por el cambio de éstas y el apoyo creciente de los hombres por la igualdad, que hemos contribuido a desenmascarar el dolor que provoca —y nos provoca— el modelo masculino tradicional, aunque en las distancias cortas hayamos sido más eficaces en la denuncia que en la renuncia a nuestros privilegios, sobre todo en el ámbito de lo doméstico.

Esta rivalidad hace que los hombres nos veamos como aliados circunstanciales o rivales a batir; y de esta percepción no nos escapamos ni quienes andamos en este movimiento por la igualdad, que apenas logramos disimular nuestras antipatías, aunque las disfracemos de desacuerdos —que sin duda existen y debemos aprender a debatirlos sin agredirnos, pero que con frecuencia encubren la desconfianza en el autor de la iniciativa—.

Los hombres, y muy especialmente quienes apostamos por el cambio, necesitamos explorar nuevas formas de solidaridad en lo cotidiano para afrontar con calor los momentos difíciles. No es de recibo la soledad con que la solemos afrontar los momentos de crisis. Pondré un ejemplo cercano que supongo ilustrativo: el otro día, un amigo en proceso de separación se lamentaba en el grupo de hombres de Sevilla de la envidia y rabia que sentía al comprobar la solidaridad que mostraban con su pareja sus amigas, y en cambio lo poco arropado que él se sentía por la mayoría de sus amigos.